

EL BAILE DEL PALACIO DE PIZARRO (1).

Así como el *Te Deum* fue la más grandiosa de las solemnidades oficiales del Centenario, el baile del palacio de Pizarro fue la más bella de las fiestas sociales. Se verificó el 16 de diciembre, a partir de las once y media de la noche.

El palacio de Pizarro es la misma suntuosa mansión que levantó para sus dominios de conquistador, el famoso don Francisco. Naturalmente remozada y modernizada hoy, para ponerla acorde con el siglo. Ocupa una manzana entera, y es la residencia oficial del presidente del Perú, que despacha y recibe, pero no duerme allí, sino en su elegante casa particular, porque Leguía es singularmente hombre muy rico. Da este palacio su frente principal a la plaza de Armas, la más notable de Lima. Por él entran y salen las recepciones de carruaje, y los vehículos llegan hasta el propio pasillo donde reciben los oficiales de la guardia de honor, atravesando dos patios de amplia área. La primera guardia está en la portada de la plaza. Por el flanco derecho es la entrada para las recepciones de a pie. Ambas entradas convergen al vestibulo que encabeza el pasillo que conduce al gran salón de recepciones oficiales. Es éste una espaciosa sala rectangular, cubierta en trechos sucesivos por tapetes enormes, enterizos, hechos en el Perú.

En su parte superior, levantada del nivel general, se sitúa el presidente para recibir, con la banda nacio-

(1) Como muestra del interesante opúsculo publicado en Cali con el título de *Crónicas de Lima*, escogemos este fragmento, por versar sobre un asunto que no figura en las cartas de Monseñor Carrasquilla.

nal cruzada en el pecho, de bastón y condecoraciones. Siempre de riguroso frac, que se exige a los visitantes; como a los embajadores y ministros se exige el uniforme para llegar allí. En su lado izquierdo están las entradas para la residencia particular del presidente y los muros lucen jaspes de brillantes y finos esmaltes.

En la cabecera del salón, está la vieja silla de estilo español, asiento que fue de don Francisco de Pizarro. Allí se sienta el presidente del Perú. En ese sitio de histórica opulencia, fue recibida oficialmente la Embajada de Colombia, el 8 de diciembre. Conservo una vista fotográfica muy clara de este acto.

En aquel gran salón y los adyacentes, fue el baile estupendo del 16 de diciembre, con el cual se cerraron propiamente las fiestas sociales de Lima para sus huéspedes de honor.

A las once y media de la noche, apareció Leguía con su ministerio y rodeado de altos personajes. Acababa de levantarse del banquete ofrecido esa noche a los embajadores, allí mismo en el palacio. Ya la concurrencia, atendida cortesmente por todos los miembros del protocolo, danzaba alegremente.

De pronto, Leguía y su ministerio encabezaron un desfile hacia el extremo inferior de la sala. Se abrió una puerta amplia y por ella entraron el presidente y el gran desfile de parejas, a un nuevo y espléndido salón, de casi una cuadra de largo, con que Leguía quiso sorprender esa noche a sus invitados. Centenares de lámparas de porcelana, artísticas flores luminosas, pendientes de albos y caprichosos ramilletes esculturales, inundaron de luz incandecente aquel fastuoso recinto, que era nada menos que el salón reconstruido íntegramente por Leguía, para el baile del Centenario, después del incendio que pocos meses antes destruyó

el que allí existía. Ese incendio es atribuído en Lima, por algunos, a los enemigos políticos de Leguía, pertenecientes a viejas oligarquías vencidas.

Al frente, está un gran cuadro al fresco, que representa la entrada triunfal de Bolívar a Lima, al lado de Sucre y de Córdoba, luciendo las banderas bicolors del Perú y la Argentina y la tricolor de Colombia. También está allí la efigie de San Martín. El fresco ocupa todo el muro frontal del salón. A los lados, están la alegoría del pueblo peruano complacido viendo y aplaudiendo a sus Libertadores, y la de la destrozada nobleza colonial, con un gesto egoísta de pesaroso e inconforme rechazo a las banderas y a los héroes de la naciente República.

Los flancos del salón están íntegramente pintados al fresco en cuadros de motivos peruanos: el imperio incaico, la conquista y la república. De Manco-Capac a Atahualpa. De Pizarro a Torre-Tagle y Riva Agüero. De Bolívar y Sucre, a Leguía. Allí aparecen la historia, las costumbres, los hechos más notables del alma nacional del Perú, al través de todas sus edades. Vi, v. g., el cuadro de la mujer semi-embozada, cubierta toda, y sólo descubriendo un ojo, en plena calle, costumbre limeña, que en su época no pudo destruir ningún gobierno. El salón fue decorado por un pintor español.

Frente al cuadro de la victoria, se situaron Leguía y su ministerio a recibir el cumplimiento de los invitados. Tres mil personas desfilaron por su frente, dándole la mano. Y él de pie, sin dar una señal de fastidio, ni de fatiga, con permanente sonrisa, y diciendo alguna frase cordial a las personas de mayor distinción, y alguna galantería a las damas. Es ésta una ceremonia imperial con que Leguía suele iniciar los bailes de ese rango. Después de ella, la concurrencia se dispersó

por todas partes a gozar de las fruiciones del soberbio baile y de la fiesta.

Al lado de este gran salón del estreno sorpresivo estaba el amplio patio-jardín, llamado de la *Higuera de Pizarro*, porque la varias veces centenaria higuera que allí abre su ramaje nudoso y su grueso follaje evocador, dice la tradición que la sembró el heroico conquistador del Perú.

Ese patio-jardín, era esa noche lo más bello del palacio. La higuera histórica y todas las matas y las flores, estaban literalmente dibujadas con luz eléctrica, por medio de millares de bombillas adheridas a las plantas artísticamente del propio color de las hojas, de las ramas y de los matices de las flores. Aquello era verdaderamente un prodigio, un encanto, un consorcio de armonías luminosas, de la naturaleza y el arte, que borraba las sombras de la noche; que daba voz al silencio nocturnal; que fundía en ondas de luz y de matices el alma del baile arrobador: era en la tierra una orquestación de colores, de esas que se oyen, como la muda música celeste.

Por las avenidas de aquel jardín encantado, paseaban en idilios las parejas; brillaban los diamantes; lucían las perlas en los collares; se abrían y cerraban como alas de garza, los abanicos de marfil; brillaban los anillos y brazaletes; crujía la seda, flotaba el hálito de los perfumes; todo el cielo descubierto de la tibia noche de diciembre primaveral en Lima.

En una de las ventanas que daban a aquel jardín, me detuve unos minutos a contemplar absorto ese espectáculo.

—Miremos ésto, le dije a mi gentil pareja, mientras la voz de las orquestas poblaba el aire de armonías; este jardín me hace pensar en los de la Tebaida, donde danzó Thais.

Y así, igualmente iluminados, estaban los cuatro

frentes del palacio; el parque íntegro, con sus árboles y palmeras, también con bombillas diminutas del color de sus hojas y flores; la catedral, el palacio arzobispal, los edificios del senado y del congreso, y las colosales estatuas ecuestres de Bolívar y San Martín. La Lima señorial de la Colonia, y la actual Lima del siglo XX, estaban con sus perfiles, aristas, capiteles, jardines, monumentos y torres, dibujados, calcados en luz de colores.

¿Qué más bello se puede ver?

El baile era de tan rigurosa etiqueta, que refiero esto para dar idea:

Al entrar al palacio, entraba a la vez conmigo un invitado para mí desconocido, y el oficial de guardia y de recibo lo echó a la espalda, y se sucedió este diálogo que oí absorto:

—Soy invitado; aquí tiene usted mi tarjeta.

—Sí, señor; pero este baile es de riguroso frac.

—Tengo frac, señor.

—No, señor. Al frac lo acompaña la corbata blanca, y la suya no es blanca.

Y el buen señor se devolvió a cambiar su corbata blanca, de delgadas listas negras....

Ya veremos en otra crónica el rigor de este protocolo oficial del Perú ...

¡Oh, la noche del 16 de diciembre! ¡Oh, el baile oriental del palacio de Pizarro, con que el presidente Leguía despidió socialmente las embajadas que solemnizaron el Centenario de Ayacucho en Lima! ¡Oh, rico y gentil Perú: si los hachones de viento y las antorchas de la antigüedad, pudieron alguna vez reemplazar los juegos luminosos de la electricidad y de la porcelana, indudablemente así como se vio en ese baile el viejo palacio de tu conquistador, don Francisco de Pizarro, debieron ser los jardines colgantes de Nabucodonosor!